

[*knowledge*], pero tal simplificación destruye importantes distinciones y así nubla o falsea el pensamiento. . .”

“(3) Los términos deben ser *familiares*, esto es, comúnmente usados y con sus significados habituales. Si puede disponerse de tales términos, el uso de otros extraños, sea en inglés o en alguna otra lengua, no añade nada científico a la traslación, sino que agobia de modo innecesario el pensamiento del lector y a menudo lo nubla o falsea. . .”

“(4) Los términos deben ser *claros*. La claridad es auxiliada por la definición, por el uso de la analogía, del ejemplo o de la inducción o en alguna otra forma. Cuando se es consciente de distinciones para las cuales no existen términos diversos, deben introducirse términos nuevos o usar los existentes, pero indicando los varios significados de cada uno. . .”

“(5) Los comentarios ahorran tiempo y son instructivos. Las premisas necesarias para hacer evidente la conclusión, no siempre se mencionan en el texto; muchas de ellas están distribuidas a través de las obras existentes, y de otras no se dispone en absoluto, porque algunas de las obras se perdieron.” (Prefacio, págs. X-XI.)

Ojalá aparecieran en lengua española traducciones como éstas, con verdadero carácter “científico”, pues a las que hay —en España, en México o Sudamérica—, bien podría aplicarse lo que el profesor Apostle dice no ser su objetivo, esto es, realizar una “obra de arte” o “brindar un despliegue de erudicción”. La ya aludida responsabilidad del traductor —aspecto que corrobora, a mi juicio, el carácter científico— se advierte también en el reconocimiento y agradecimiento que hace a los especialistas que colaboraron en su labor, *corrigiendo*, revisando y sugiriendo: cosa que en-

tre nosotros, o no se solicita por pretensión o no se externa por vanidad, y que allá sí se hace por aceptación de la ayuda que se necesita y por mejoramiento de la obra misma.

Para terminar, unas palabras acerca de los comentarios. Puede decirse que la mayor parte está dedicada a señalar referencias de otros escritos de Aristóteles, a aclarar alusiones hechas en el texto o a explicar breve y directamente el sentido de una proposición. Hay un buen número de observaciones filológicas, algunas de las cuales se refieren a problemas textuales, como variantes, lagunas, pasajes oscuros, etc., donde el traductor justifica su propia lectura —a pesar de no haber hecho su propia edición del texto. Pero también muchos de los comentarios contienen exposiciones de problemas doctrinales de fondo, donde no sólo se les discute, sino que se intenta resolverlos, lo cual revela en Apostle un amplio y sólido conocimiento de la filosofía aristotélica, una reflexión larga y detenida sobre los problemas, así como un vivo interés por la significación del pensamiento de Aristóteles para nuestro tiempo. En general, por último, son comentarios breves, directos, objetivos, clarísimos, de enorme ayuda para la inteligencia inmediata del texto.

Después de la enorme y valiosa labor de Ross, sobre todo de ediciones y comentarios estrictamente filológicos y filosóficos, la aportación de Apostle en estos últimos 10 años merece ser considerada como la más importante y, en cierta forma, como complementaria de aquélla.

BERNABÉ NAVARRO B.

*Fichte. Il sistema della libertà*, de Luigi Pareyson. Biblioteca di Fi-

losofía Mursia. Saggi. Milano, 1976.

Extrañamente sólo 26 años después de haber salido a la luz pública, aparece ahora la segunda edición de una obra que, como lo sugiere la importante revista *Archives de Philosophie* (cfr. pág. 5 de esta edición), es digna de constituir con otras dos ya clásicas —*Fichte et son temps*, de Xavier Léon y *L'évolution et la structure de la doctrine de la science*, de Martial Gueroul— la trilogía de estudios fundamentales sobre Fichte. Yo personalmente me uno a esa apreciación, aun tomando en cuenta y estimando otras varias obras, pero en especial los escritos y la labor del eminente profesor de la Universidad de Munich, Reinhard Lauth, los cuales tal vez culminen pronto en una gran obra.

Mi extrañeza por la tardía segunda edición se debe, por una parte, a que ya por los años sesenta era difícil conseguir un ejemplar del libro y, por otra, a que también por esos años (que coincidieron con mi entrada a la Universidad de Munich en 1960) la renovación del interés por Fichte y de su estudio estaba en plena marcha, tanto en Francia, desde París, como en Alemania, desde Munich, y tal vez también en Italia, precisamente en torno al autor de este libro y a Massolo —antecedente inmediato de Pareyson con su obra *Fichte et la filosofía*, Firenze, 1948.

Creo que desde mi contacto con la obra en su primera edición pude apreciar que se trataba no sólo de una investigación profunda y de un estudio exhaustivo, sino de un *tratado fundamental sobre la esencia y el sentido de la filosofía fichteana*; en otras palabras, podría decirse que es no una exposición o interpretación del pensamiento de Fichte, sino una *reconstrucción de sus*

*tesis* centrales, en cierto modo, *una concepción* sobre la tendencia interna y la verdadera y última finalidad de las poderosas y penetrantes especulaciones del filósofo. Lo anterior resalta, en una primera impresión, al considerar la segunda parte del título del libro y, en una reflexión más detenida, al estudiar, en general y en particular, el contenido de las dos partes de la obra: *La certeza y La libertad*.

Estas afirmaciones mías las comprenderá de inmediato cualquier estudioso que haya leído algunos escritos de Fichte o que conozca con fundamento el carácter y la temática externa de las obras. Él sabe, por ejemplo, que casi todas las llamadas "obras" no lo son en un sentido formal estricto, porque son las "lecciones" de los cursos sustentados en la universidad; sabe también que las "obras" fundamentales son las diversas exposiciones de la "doctrina de la ciencia", que no varían en lo sustancial, es decir, en los principios e ideas claves, sino en aspectos formales y metódicos. Ninguna de estas obras y, en general, de todas las que escribió Fichte desarrolla explícitamente una temática especial concreta ni ofrece a la vista la estructura sistemática del pensamiento o la dinámica interna del proceso mental. Lo que quiero decir es esto: las obras a que me refiero no tienen en toda su extensión, por ejemplo, otras divisiones —separación mayor del texto— que las que indican el fin de una lección y el comienzo de otra, sin título alguno ni alusión al tema o contenido. Si comparamos un texto corrido así, de 200 a 300 páginas, por ejemplo, con la *Crítica de la razón pura*, se verá de inmediato la diferencia y lo que pretendo señalar. Las obras de Fichte no llevan propiamente índices ni pueden llevarlos, porque no tienen ni par-

tes, ni capítulos, ni secciones, ni párrafos, ni incisos: y esto, debido a que no fueron concebidas por el filósofo, externa y formalmente, con tal estructura metódica. El lector, el estudioso y el investigador tienen que descubrir todo eso, reconstruir expresamente todo lo que encierra el pensamiento del filósofo, de por sí tan hermético y casi esotérico, todo lo que arrastra, permítaseme la figura, el torrente impetuoso de su pensamiento creador, que a veces parece desbordar todos los cauces. El carácter de sus doctrinas fundamentales, como la del *Yo puro* y su captación no conceptual, la de la *intuición inteligible*, la de la *obra-acción* (*Tat-handlung*), así como las casi inaccesibles especulaciones sobre las series de síntesis constitutivas de la conciencia para llegar a la cima del *Yo puro absoluto*, pueden ser indicios de mi apreciación.

En cierta forma, todo estudioso e investigador de Fichte, desde el nivel más sencillo hasta el más complejo, tiene como misión básica *hacer explícito lo implícito*, en una medida en que hay que hacerlo sólo con poquísimos filósofos, tal vez con Platón por la índole parecida de sus *Diálogos* y con Plotino y sus *Enéadas*. Y tanto más valiosos serán la labor y su resultado cuanto más amplio y nítido sea el horizonte despejado de las concepciones del filósofo. Desde esta perspectiva creo que con su obra Pareyson es hasta hoy tal vez el mayor intérprete de Fichte, intérprete no en el sentido rutinario del término, sino en el de *reconstructor* y manifestador del meollo esencial y verdadero del pensamiento de Fichte. Las obras de Gueroult, Léon, Lauth, Schulz, Henrich, Janke, etc., desde el punto de vista enunciado, creo que no logran lo que la de Pareyson, sea porque se detienen demasiado en la exposición y descripción, con carácter de

recorrido total, sea porque no tienen como fin específico la conceptualización y la sistematización desde una perspectiva unitaria suprema, sea, en fin, porque aún no han logrado esto último de manera sólida, plena y definitiva.

Externamente el libro de Pareyson se compone de dos grandes partes: la primera lleva el título de *La certeza* (páginas 71-218), y la segunda el de *La libertad* (págs. 219-402), precedidas por una amplia Introducción (págs. 13-70) y seguidas de una Conclusión (págs. 403-416). Índices sólo lleva uno breve de autores (págs. 417-418).

Como información sobre la temática general de las dos grandes partes, veamos los títulos de las secciones en cada una de ellas. En la *primera*: I "Los problemas de Fichte"; II "La indagación preliminar"; III "La estructura de la doctrina de la ciencia"; IV "La deducción de la finitud". En la *segunda*: I "Hacia la filosofía de la libertad"; II "Crítica y filosofía"; III "El sistema de la libertad"; IV "Libertad, individualidad, intuición intelectual".

Una característica metódica muy importante, a mi juicio, en la presentación del texto es que no aparece a lo largo de todo el libro una sola nota de pie de página, sea con la pura referencia, sea con alguna aclaración amplia. La razón de esto es que las abreviadas referencias van dentro del texto (sin duda para no interrumpir y desviar la atención en la lectura) y las aclaraciones, históricas o doctrinales, van en apartados puestos inmediatamente al final de cada una de las secciones con el título de "Aclaraciones y Notas". La adición de estos apartados, en forma de exposición complementaria, la estimo yo de gran provecho metódicamente, porque separa los aspectos históricos y las explicaciones de problemas secundarios, de la exposición

directa de las tesis y doctrinas esenciales.

Como información sobre temas y problemas, aspectos y soluciones más en particular, voy a permitirme —como el autor mismo pide se le conceda en el Prólogo, a fin de justificar más la segunda edición de su libro— tomar de ahí un párrafo en que Pareyson hace tal recorrido. “Consíentase —dice— enumerar los principales nudos interpretativos que guían mi lectura. Ante todo, Fichte visto en general como crítico *ante litteram* de Hegel, como primer fundador de la crítica en cuanto filosofía de la filosofía, como primer autor del ‘sistema de la libertad’, en el cual la afirmación práctica y la afirmación teórica de la libertad coinciden sin residuo alguno, como primer inventor de un sistema que, por afirmar el absoluto sin salir del punto de vista de la finitud, es una filosofía del espíritu finito, entendido como la única conciencia posible del absoluto. Asimismo, la exigencia religiosa y la exigencia política como exigencias originarias de Fichte; su dependencia más de la *Crítica del juicio* que de la *Crítica de la razón práctica*; su capacidad de inspirar a los románticos sin ser propiamente un romántico; la línea Espinoza, Fichte, Hegel. Además: la atención de Fichte a los problemas de la posibilidad misma de la filosofía, de su condicionalidad, de su acceso, inicio y principio, de su carácter crítico, radical y representativo. Y además: qué varios aspectos toman su fidelidad al punto de vista de la finitud y su elevación de la libertad al corazón mismo de la filosofía; las diferencias entre la primera y la segunda exposición; la progresiva absolutización de lo finito hasta la crisis; la originalidad de un pensamiento que afirma a la vez la inmanencia del absoluto y la contingencia de lo

finito, dos términos que son considerados usualmente como excluyentes el uno del otro. Asimismo: la dislocación del sistema de la primera exposición; la formalidad de los tres principios, las dos series de la reflexión filosófica, la indeducibilidad del segundo principio; la doctrina de la ciencia como deducción de la practicidad necesaria del espíritu finito. Finalmente: una solución de las dificultades implícitas en un problema aparentemente tan simple como el de la elección de la filosofía, el cual, a pesar de la gran notoriedad, no ha sido jamás tratado verdaderamente como problema por la crítica; un esbozo interpretativo de la desordenadísima segunda exposición; la contradicción entre la afirmación de la libertad como actividad absoluta y una teoría del sujeto moral meramente yuxtapuesta, la dificultad del problema del individuo en una filosofía como la fichteana; la solución de un enredo tan inextricable como el de la intuición intelectual, que lo es tanto del Yo real cuanto del filósofo”. (Pág. 7, trad. mía.)

No creo posible resumir con más precisión y enjundia el contenido de temas y problemas del libro que como lo hace aquí el autor. No creo, igualmente, necesario añadir nada al respecto, pues con esa síntesis el interesado conocerá en esencia el contenido del libro. Sólo quiero, para terminar esta breve reseña destacar la importancia de lo tratado en la Introducción y hacer un comentario con relación al tema que fue objeto de un modesto trabajo mío.

La muy amplia Introducción está casi íntegramente dedicada a dos tareas: una, la rectificación del falso juicio que a través de la historia se formó sobre la filosofía de Fichte como un simple momento necesario de transición entre Kant y Hegel. Tarea ésta fundamental, porque

aquel juicio se basaba en la apreciación subjetiva y ventajosa para sí de Hegel —visión aprovechada rutinariamente por los historiadores de la filosofía— y no permitía la consideración directa y específica del pensamiento de Fichte que, si objetivamente pudo constituir el estadio que se sostiene dentro del desarrollo de las ideas, no por eso se justifica desatender el objetivo propio y esencial de ésta como de toda verdadera filosofía. La otra tarea de la Introducción es aclarar aspectos históricos sobre las relaciones del pensamiento de Fichte con el de Kant, por una parte, y con el de Schelling y Hegel, por otra, así como sobre ciertos problemas del origen, de la evolución y constitución de la filosofía de Fichte. Puede decirse que estas dos tareas tienen un solo fin: llamar la atención sobre el valor y la importancia del pensamiento fichteano, así como sobre su presencia y función dentro de los movimientos filosóficos actuales.

Uno de los puntos tratados en la misma Introducción es el de la índole de la filosofía fichteana con respecto a la de Kant. La coyuntura es la tesis de Hegel, quien se empeña en declarar que el pensamiento de Fichte es *sola y exclusivamente* una reconstrucción coherente, una sistematización de todos los materiales aportados por la filosofía kantiana. Hegel no afirma esto en una posición sincera y objetiva, sin prejuicio, como proponiendo lo visto en un estudio desinteresado. Hegel necesita reducir la filosofía de Fichte a aquella función sólo formal, con objeto de asignar a su propio pensamiento la constitución de la síntesis definitiva, cima del idealismo. En un trabajo propuesto a la Universidad de Munich y publicado como disertación doctoral en 1973 con el título *Der vollständige transzendente Idealismus. Die Stellungnahme Fichtes zu*

*Kant als Bestimmungsgrund seiner Philosophie* —cuya versión en español acaba de aparecer con el título *El desarrollo fichteano del idealismo trascendental de Kant*, Fondo de Cultura Económica, Publicaciones de Diánoia, México, 1975—, yo me propuse, orientado por el profesor Lauth, destacar y demostrar lo que yo denominé *Coincidencia o concordancia* de Fichte con Kant, esto es, en el fondo, la *aceptación de las tesis fundamentales de la filosofía trascendental kantiana*. Para demostrar eso me valí directa y exclusivamente de los textos mismos de Fichte, donde sostiene, discute examina y demuestra tal aceptación. En apariencia este punto de vista contradiría lo expuesto por Pareyson en la Introducción y aun su libro entero. Sin embargo, lo que yo he demostrado y de lo que estuve y sigo plenamente convencido, *no se refiere a la totalidad* de la filosofía de Fichte, ni material ni formalmente considerada, sino sólo a *un aspecto* de la misma, a una vertiente o característica, a saber, a que el conjunto de doctrinas que son el punto de partida y la base de su concepción filosófica como tal, nueva, formal y específicamente distinta, es la de la filosofía kantiana. Fichte realizó, sí, una sistematización de las doctrinas de Kant, pero sería absurdo reducir su inmensa labor sólo a esto, Lo que Hegel no vio o no quiso ver —o si lo vio no le convenía externarlo— es que Fichte con su propia concepción fundamental culminó auténticamente la filosofía kantiana, sin contradecir en lo esencial a Kant y sí sólo completándolo y perfeccionándolo, pues, a mi juicio, es insostenible e indemostrable que las doctrinas centrales propias de Fichte contradigan formal o materialmente la esencia o, como decía Fichte, el espíritu de a filosofía kantiana, es decir, el carácter indeleble de idealismo trascendental.

Creo, pues, que mi modesta aportación al conocimiento de Fichte, así aclarado el problema, no se opone a lo sostenido por Pareyson: son sólo aspectos diversos de la realidad investigada.

Siendo, como dice el autor, el momento actual más propicio para la lectura de su libro y para la asimilación del pensamiento fichteano que el de su primera edición, sin duda esta segunda traerá más frutos y abonará más reconocimiento para su autor.

BERNABÉ NAVARRO

*El desarrollo fichteano del idealismo trascendental de Kant*, de Bernabé Navarro. Publicaciones de *Diánoia*. Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Fondo de Cultura Económica. México, 1975, 244 pp.

Pocas filosofías han sobrellevado un destino tan singular en cuanto a incompreensión, sobre todo en los tiempos modernos, como la de Fichte. Su olvido o desconocimiento, sin embargo, no puede equipararse legítimamente con falta absoluta de importancia, y bien podría tratarse de deficiencias imputables a ciertos puntos de vista de la investigación histórico-filosófica.

La obra que aquí reseñamos con involuntaria brevedad, del doctor Bernabé Navarro, considerada por el propio autor como una "exposición sistemática del paralelo y enlace hechos por Fichte mismo en innumerables pasajes entre su pensamiento y el de Kant" es una aportación significativa para el conocimiento de esa tendencia filosófica, de la que, según su convicción, ha sonado la hora decisiva para emprender su verdadero

estudio y comprensión plena. Cumple, pues, un cometido específico, pretendido y logrado en pequeña medida por otros estudiosos.

En esta investigación los temas centrales y decisivos de la filosofía trascendental son asumidos dentro de una perspectiva sistemática, coherente y orgánica, que la sitúa desde todo punto de vista mucho más allá del género de recopilaciones, que derivan en estudios fragmentarios y en interpretaciones erróneas, con lo que la filosofía de Fichte se expone a ser concebida como subjetivismo absoluto, psicologismo o logicismo, por ejemplo. Considerada desde el punto de vista histórico, esta obra forma parte de un movimiento que se ha propuesto entre sus objetivos, rescatar a Fichte, liberándolo de atribuciones erradas, de perspectivas distorsionadoras, de modelos rutinarios.

Las características generales de *El desarrollo fichteano del idealismo trascendental de Kant* destacan tanto en el aspecto metódico como en el aspecto material o temático de la siguiente manera:

En cuanto a lo primero, el lector advertirá que las transcripciones o citas fundamentalmente provienen de Fichte, y sólo en unos cuantos casos son tomadas de Kant, en virtud de que el propósito de la investigación es el de presentar y exponer exclusivamente la visión misma fichteana sobre los vínculos de su filosofía con la de Kant, lo que no implica necesariamente interrogarse acerca de la exactitud y verdad de esa visión. La principal dificultad que se podría haber presentado al autor, de otra manera, hubiera sido la enormidad de una tarea, para la cual sería asunto más que obligado el comparar las tesis de Fichte con las de Kant, lo cual, a su vez, supondría haber establecido de